**DOMINGO III DE ADVIENTO**

El evangelio de este III domingo de Adviento nos muestra nuevamente la figura de Juan el Bautista pero desde otra perspectiva: con una tónica mucho más insistente en el tema de la espera del Mesías, justamente porque ya nos estamos acercando a la Navidad. ¿Por qué desde otra perspectiva? Porque el domingo pasado leímos al evangelio de Marcos y hoy al de Juan: dos miradas distintas pero complementarias sobre la figura del Bautista. ¿Por qué se insiste tanto en Juan el Bautista? Porque es el último de los profetas que abrirá las puertas a la presencia de Cristo, Mesías Salvador. Pero aquí en este evangelio el mismo Bautista dice que él no es el profeta. Antes de seguir adelante vamos a ubicar el texto, como lo hacemos siempre.

El contexto es el siguiente: Juan el Bautista está bautizando al otro lado del Jordán, en Betania. Esta Betania no es la aldea donde vivían Marta y María, muy cercana a Jerusalén. Es otra ciudad ubicada en la zona de la Transjordania o Perea, es decir, cruzando el río hacia el Oriente. De un lado del río estaba Jericó y del otro Betania o Bet-Abara que significa “lugar del paso”, que recordaba justamente el lugar por donde el pueblo de Israel (después de la muerte de Moisés y guiados por Josué) atravesó el Jordán para llegar finalmente a la tierra prometida (Jericó). Por esa zona predicaba y bautizaba el Bautista. Como verán tiene todo un significado bautizarse en ese lugar. El Bautista bautizaba ahí para que la gente pudiera “dar el paso”, pero no el mismo paso de tantos años atrás. Es un nuevo paso: el de reconocer al Mesías, el de escucharlo, el de seguirlo.

En el texto aparecen dos grupos: sacerdotes y levitas que, enviados desde Jerusalén, se acercan al Jordán para hacer preguntas no sinceras del todo. Y el Bautista era hijo del sacerdote Zacarías. Podría decirse entonces que había un cierto vínculo jerárquico, o de linaje. Aunque Juan nunca hará uso de este atributo que le correspondía. Estos sacerdotes y levitas, por la cantidad de preguntas que le hacen (siete en total), intentan hacerlo decir que él era el Mesías esperado. Por eso le preguntan ¿quién eres? No porque no lo supieran: todo el pueblo lo sabía. Querían salir de la duda si realmente era el Mesías, y si lo era, todo cambiaba: ya no había que esperar más, el protagonista sería el Mesías y no las autoridades religiosas. Es como cuando nace un hijo: todo cambia en la familia (los horarios, las costumbres, los objetivos, los sentimientos, las motivaciones,…todo). Y todo gira alrededor del nuevo integrante de la familia. No sé si los judíos estaban dispuestos a eso realmente: que Dios sea el verdadero centro y no sus intereses personales. Si hablamos en profundidad, decían con sus bocas que esperaban al Mesías, pero en realidad no lo esperaban: no estaban dispuestos a hacerle un lugar en sus vidas. Se acostumbraron a ser el centro, a ser lo privilegiados, a ser los reconocidos…y que aparezca otro y los desplace de su centro….No estaban dispuestos. Creo que también nosotros tenemos que hacernos esta pregunta: si estamos dispuestos a dejar de ser el centro para que nuestro centro sea Dios.

Sigamos con el texto. ¿Por qué le preguntan si era Elías? Porque los judíos sabían que Elías fue arrebatado en un carro de fuego y fue llevado por Dios. Y porque en las escrituras (Eclo 48) decía que al final de los tiempos el mismo Elías vendría para restablecer las tribus de Jacob. ¿Por qué le preguntan si es el Profeta? Porque, el Profeta con mayúsculas era Moisés, y el mismo Moisés dijo que iba a venir un profeta como él que surgiría en medio de sus hermanos, a quien debían escuchar sus Palabras (Dt 18). El Bautista niega ser el Mesías, o Elías o el Profeta. Para el judío sólo podría bautizar quien cumplía con estas características: ser Moisés, o Elías o el Cristo. Por eso le preguntan ¿por qué bautizas entonces? El bautismo de Juan es el camino previo y eso él lo reconoce: es un bautismo de agua; es el primer paso. No es el verdadero bautismo, porque eso lo hará el Mesías que viene después de él. Por eso dice que no es digno ni de desatar sus sandalias. Dice San Juan Crisóstomo: *“Es propio de un siervo respetuoso no sólo no quitar la gloria a su amo, sino rechazarla cuando otros se la ofrecen*”.

“En medio de ustedes hay alguien a quien no conocen”. Me pregunto si esta frase del Bautista no se adapta hoy a nosotros, porque tenemos la gran posibilidad de estar en contacto pleno con Jesucristo y no lo escuchamos, no lo vemos, no lo tocamos. Aquí ya lo podemos ver, escuchar, tocar, sentir. El Bautista ya nos abrió el camino y nosotros seguimos en “la nuestra”. El Evangelio dice al principio que Juan no era la luz sino el testigo de la luz. Nosotros también somos esos testigos. Dice San Bernardo: “Si te consume el deseo de iluminar y ser visto, preocúpate ante todo de arder, y ten por cierto que vivirás envuelto en la luz. En caso contrario pierdes el tiempo, pues brillar sin arder es pura ilusión. La luz que no nace del fuego es falsa y artificial. Y lo que no es tuyo propio no puedes retenerlo mucho tiempo. Además del bochorno que supone presumir de lo que no es tuyo. Dicen que la luna tiene luz sin tener fuego, y que la recibe prestada del sol. Por eso está siempre cambiando y muda continuamente de cara. Lo mismo ocurre entre los hombres: el necio cambia como la luna y el sabio se mantiene firme como el sol”.